

La fiebre de la defensa se iba apoderando del país entero; pero sólo la masa pasiva que constituía el fondo de nuestra nacionalidad (mestizos é indígenas), masa sin espontaneidad alguna, gracias á tres siglos y medio de minoría y dura tutela, se dejaba llevar al ejército y aglomerar en el cuartel; no faltaba en ella el deseo de combatir, pero ese deseo no era capaz de traducirse en iniciativa: era necesario el modo tradicional, *la leca*. Con ella venía la extorsión en todas sus formas y bajo todas sus fases; cada Estado tenía que resolver su problema económico y militar interior, darse seguridad, para hacer el trabajo productivo y dar algún valor real al impuesto, del que destinaba una parte al tesoro federal. Las bandas de forajidos pululaban, proclamando todos los planes y enarbolando todas las banderas, desde los grupos considerables que capitaneaba Lozada en Tepic hasta los plagiarios y salteadores, que se multiplicaban en el mismo distrito federal y sus cercanías, y que se rehacían sin cesar al pie de las horcas de sus capitancillos. Al pago de las contribuciones, que recorrían rápidamente una vertiginosa escala ascendente relacionada con el peligro día á día acumulado de la invasión, se resistían todos los burgueses, hasta los adjudicatarios; y cierto que eran desiguales, arbitrarias, sin base posible, y evidente que para recoger un peso se dejaban perder cuatro, y palpable que para esas exacciones desplegaban los agentes un lujo de vejación y de brutalidad comparable sólo al de los agentes de la Convención en los días de peligro para la Patria; mas difícil es decir si de otra manera se hubiese recogido el dinero que se gastaba en fortificar Puebla y México y en hacer venir al centro los contingentes de los Estados.

En plena preparación de la defensa dejó la vida Zaragoza; fué la única deserción del joven mestizo de la frontera, que pasó, en el cariño del pueblo, del triunfo al apoteosis; de un héroe hizo la leyenda un dios; la República le tributó honores magníficos: su carro funeral fué una pirámide de incienso, de flores y de palmas, sobre el cual fulguraba el ataúd envuelto en la bandera de la Patria; la muerte propicia se encargó de eternizar el laurel de su victoria; verde y lozano está aún.

La invasión francesa se organizaba en Orizaba con Forey y en Jalapa con Bazaine; los refuerzos llegaban sin cesar; los convoyes, frecuentemente desarticulados por las guerrillas, subían en larguísimas líneas las escalinatas de la Mesa central; las escuadras francesas se acercaban á nuestros puertos en ambos mares, y el oro llovía; los militares sin empleo de la reacción vencida, los que no se habían acogido á la amnistía de la República, Márquez, cuerpo diminuto que proyecta una sombra enorme sobre la historia de aquel período final de nuestras grandes luchas, se movían en derredor de los franceses y trataban de formar cuerpos mexicanos contra la patria. Forey, militar mediocre, imperialista furibundo, hombre solemnemente imbécil, candoroso y decorativo, había venido á dirigir el movimiento, provisto de una carta de Napoleón, en que hablaba de la necesidad de poner un *hasta aquí* á la preponderancia anglo-americana en nuestro Continente, de su decisión de respetar la libertad del pueblo mexicano para constituirse y de mantener incólumes los derechos de cuantos legalmente hubiesen adquirido bienes nacionalizados. Este propósito era la sentencia de muerte del partido reaccionario y hacía inútil la intervención; esa especie de contradicción esencial entre la decisión de respetar la Reforma y la de destruir al gobierno, cuya razón de ser era la Reforma, bastaba para hacer de la tentativa napoleónica un aborto.

Después de asegurar sus líneas de comunicación entre la Mesa central y Veracruz, encomendando á un cuerpo de egipcios alquilado por Napoleón y al espantable coronel Dupin y su contraguerrilla cosmopolita de forajidos sin fe ni ley, la seguridad de los caminos, Forey avanzó sobre Puebla con más de treinta mil franceses y un grupo de oficiales, viejas reliquias del naufragio reaccionario, que, tragando humillaciones y desprecios á diario, se habían puesto á sueldo de los franceses, así como Márquez y sus chusmas. Puebla no era una plaza fuerte; las fortificaciones se habían improvisado, sobre todo en los vetustos y macizos edificios religiosos en que abundaba la angelo-politana ciudad y que, dado el alcance y la fuerza de la artillería rayada, eran más peligrosos para sus defensores que para los asaltantes. El ejército que defendía Puebla era una especie de asamblea nacional compuesta de contingentes militares diputados por la mayoría de las entidades federativas y que rivalizaban de entusiasmo y valor. La defensa, que duró dos meses, fué heroica, según las confesiones unánimes de los oficiales franceses que han declarado ante la historia; sus episodios enorgullecen y conmueven; con ellos puede formarse un devocionario de mexicanismo épico para preparar á las generaciones nuevas á la comunión cívica en la República y la Patria.



El conde Dubois de Saligny

González Ortega, general improvisado, imprevisor, derrochador y fastuoso, comunicaba con su ardoroso lirismo un tono muy alto de poema en acción á aquel suceso singular en la historia de nuestras guerras. Puebla se iba rodeando de un muro de escombros empapados en sangre, y á pesar de su intrepidez admirable, el ejército sitiador, en principios de Mayo, estropeado y nervioso, pensaba en levantar el cerco; pero las provisiones y las municiones de los sitiados tocaban á su fin; un ejército de auxilio, mandado por el ex-presidente Comonfort, se aglomeraba lenta y prudentemente á espaldas del francés; cuando fué necesario introducir en la plaza sitiada el inmenso convoy que se había preparado, fracasó la tentativa y el ejército auxiliar fué derrotado y desbandado. Puebla tuvo que rendirse, y lo hizo rompiendo sus armas el ejército, declarándolo sus jefes disuelto y dándole cita para continuar la defensa de la Patria, y entregándose toda la oficialidad á merced del vencedor sin pedir garantías

ni aceptarlas, ni contraer compromiso alguno, reservándose entera para el deber. Este acto fué analizado y censurado de mil modos; el juicio definitivo lo pronunciaron los generales franceses que, ante la rendición de Metz, gritaron á Bazaine: «¿Por qué no hicisteis como los mexicanos en Puebla?»

Se había apurado el esfuerzo para poner á México en estado de defensa; se había maltratado de un modo indecible á la población por los agentes de la autoridad militar, para obligarla á contribuir á la defensa; se había hecho gala de llevar á todos sus extremos el cumplimiento de las leyes de Reforma, no serena y fríamente, si se juzgaba necesario, sino con cierto alarde brutal que lastimaba hondamente el sentimiento religioso de la masa social, lo que era insensato. Pues á pesar de esto, las peripecias del sitio de Puebla habían calentado de tal modo el patriotismo, que, ante la necesidad de defender á México, hubo una explosión unánime; todo el mundo pidió armas; las disensiones se ocultaban avergonzadas en la sombra, y fué un doble de muerte la noticia que circuló de que el Congreso iba á cerrar sus sesiones, que el presidente y su gobierno abandonaban á México y que San Luis Potosí estaba declarada capital de la República. Fué mala inspiración ésta; México se habría defendido un mes; un mes habría gastado Forey en venir de Puebla sobre la capital, y el resto del año en reorganizar su ejército, mientras el gobierno concentraba nuevamente en el Interior los elementos de la resistencia, que, con su retirada, iba á diseminar por fuerza.

La necesidad de hacer crecer día á día el ejército de ocupación, la seguridad de no poder conservar una población sino ocupándola militarmente, el inmenso rumor que llenaba la atmósfera del país, que se resistía, se defendía y protestaba en todas partes, con el conciliábulo en el salón, la conspiración en la ciudad y la guerrilla en todas partes, caracterizaban la empresa de Francia; era una invasión para establecer un protectorado, según una fórmula de antemano convenida; no era un arbitraje entre los contendientes, no era una intervención.

Para recibir á los invasores en Puebla, en México, se vistió el clero sus ropas de gala y entonó, con la voz destartada de sus dignatarios decrepitos, temblones é impíos *tedéums*; el Dios que invocaba el clero lo iba á castigar, lo iba á obligar, en plena intervención bendecida é incensada, á suspirar por Juárez. De quién sabe dónde, al saber que los franceses se aproximaban á México, salieron por las calles, raídas las levitas y saturados de un descorazonador relente de *acesoría*, de sacristía, de archivo, unos cuantos grupos; eran los ex-empleados del gobierno reaccionario, era el *partido conservador*; no hacía tres años que aquellos hombres pululaban en las iglesias y ministerios y, sin embargo, hicieron el efecto de espectros; parecían de otro siglo, eran fantasmas que, bajo el ojo desdenoso de los batallones de extranjeros armados para cuidar de la seguridad urbana, se reunieron en el zaguán de un edificio público para arrojarse en el regazo de Francia y dormir en los brazos de Forey.

Éste penetró en la capital con su pintoresco y gallardo ejército, al son de sus alegres y sonoras fanfarrias, precedido por el fúnebre ejército de Márquez, en Junio del 63. Millares de curiosos, muy silenciosos, muy interesados en no perder una sola de las escenas abigarradas de la gran tragedia que adivinaban todos, se amontonaron en las calles, silbando y disolviendo clandestinamente los *vitores* que la policía había organizado en los barrios con dos ó tres centenares de pilluelos y sacristanes. Los balcones veían, también callados casi

todos, aunque en su mayor parte engalanados por orden superior; de cuando en cuando un grupo de *mochos*, como el pueblo decía, gritaba y agitaba los pañuelos en alguna casa rica; algunos *catrines*, como decía el pueblo, procuraban embullar aquella recepción y bosquejar una ovación que abortaba á empellones; y el viejo Forey, importante y macizo como un *imperátor* de la decadencia romana, creyó que la nación entera se había arrodillado agradecida ante él; las coronas y las flores que las damas y la policía habían fabricado para arrojarlas á los pies del caballo del que iba á México, *no á destruir como Cortés, sino á construir*, según decía en sus pomposas proclamas, ofuscaban al futuro mariscal; para él no había ya partidos: la nación se había reconciliado al oír gritar al ejército que desfilaba ante el Palacio: *Vive l'Empereur!*, y en su entusiasmo dijo á los mexicanos: «Los propietarios de bienes nacionales quedarán en posesión de sus bienes;» «el Emperador verá con gusto que se proclame la libertad de cultos.» Los *hosannas* del cabildo eclesiástico acabaron en un balbuceamiento de sorpresa y de ira. ¡Para eso venía la Intervención! Claro, á eso vino; á hacer definitiva y perenne la Reforma.

El ministro de Francia, el famoso Saligny, nombró una junta de gobierno compuesta de conservadores rancios, quienes nombraron un ejecutivo (el arzobispo de México y Almonte, y Salas) compuesto del jefe del clero, de un desterrado que ignoraba su país y de un militar cualquiera á quien su país ignoraba. Tras esto y las proclamas en sentido católico, que parecían contra-proclamas con relación á las de Forey, se nombró una asamblea de *notables*, como hacían antaño los Santa Anna y los Paredes. Muerto Alamán, los hombres de Estado del partido reactor eran los señores Lares, y Aguilar y Marocho; fueron ellos, con Almonte, el alma de la *junta de notables*. Hubo sus deseos de anexión á Francia, pero prevaleció la idea de proclamar la monarquía, y como la consigna era escoger al archiduque Fernando Maximiliano, que casi nadie conocía y que había sido inventado por Hidalgo, prohijado por Gutiérrez Estrada y aceptado por Napoleón, este infortunado príncipe fué votado. ¡Quién hubiera dicho á aquellos doscientos burgueses, que eran casi todo el partido reaccionario en México, que com-



El duque de Morny